

Y en tener tal sospecha no se engaña,
Pues en esta sazón era venido
El licenciado Santa Cruz de España,
Para su residencia proveído;
Despachóse tras él cierta compañía
Si por caso pudiese ser habido,
Y el capitán Luis Bernal venia
Tras él con bien armada compañía.

Hasta Lile siguieron sus pisadas
Los peones y gente de caballo,
Alguna vez doblando las jornadas,
Haciendo su poder por alcanzallo;
Pero por cosas que serán contadas
Menos allí pudieron ya hallallo,
Por haberse partido para Quito,
Causado del entrada, mas no abito.

Vadillo pues con miedo semejante
Por aquel émulo que en corte clama,
Trabaja de pasar siempre delante
A ganar opinión y buena fama;
Y agora procuró con el restante
Llegar a la provincia de Cartama,
Que, según por las guías se publica,
Era tierra de minas y muy rica.

Ciertos soldados van por su mandado
Para ver el camino mas seguido,
Y en un pueblo de indios ya quemado
Tuvieron un recuento bien reñido:
Salió Caravajal descalabrado
Y el capitán Mendoza mal herido:
Fueron peligrosísimas heridas,
Mas ambos escaparon con las vidas.

Por ser pocos los desta compañía,
Por los indios se vieron afligidos;
Pero mostraron bien su valentía
Contra los escuadrones atrevidos,
Pues con ser mucha gente, todavía
Fueron desbaratados y vencidos,
Algunos dellos presos y captivos
Que se llevaron al Vadillo vivos.

El cual se holgó de vellos, y al instante
A preguntar por tierra se levanta,
Que próspera le sea y abundante
Para hacer en ella nueva planta;
Respondieron estar mas adelante
La provincia llamada Caramanta,
La cual es tal, que si la señorea,
Largamente tendrá lo que desea.

Alegres con las nuevas de las guías,
Partieron todos en su seguimiento
Por altas y soberbias serranías,
Que parecen llegar al firmamento,
Y en espacio menor que de tres días
Vieron de poblaciones gran aumento,
Tantas que no tenían ya por bueno
Entrar tan pocos en compás tan lleno.

Vieron la gente bien apercebida
Y con intento firme de esperallos,
Para que les sirviesen de comida
Hacellos postas y descuartallos;
Pero sin parar ánima nacida
Huyeron desde vieron los caballos,
Y por ser el terreno tan doblado
Ninguno dellos pudo ser tomado.

El primer pueblo destas vecindades
De todas cosas lo hallaron falto,
Y los indios con grandes cantidades
Tenian de la sierra lo mas alto;
Mas con ciertos soldados Juan de Frades
Tomó siete gandules en un salto,
Y con intérprete que los entiende
Vadillo preguntó lo que pretende.

De por sí cada uno respondía
Sin mostrar intencion diferenciada,
Y en el dar las respuestas parecía
Gente de mas razón que la pasada;
Pero del oro que se pretendía
La certidumbre fué menos que nada;
A Cuicui cualquiera los aplica,
Afirmándoles ser provincia rica.

Esta razón por el Vadillo vista,
Puesto caso que no sin gran mobina
Y mas avilantez que de jurista,
A morir ó vivir se determinia
Llevar mas adelante su conquista,
Antes que revolver á la maríua,
Y á las guías mandó que como deben
A la tierra de Cuicui lo lleven.

Métenlos por montañas y breñales
Por donde todos van desesperados;
Los lodos y pesados tremedales
Esceden al rigor de los pasados;
Los que son menos y los principales
Caminan del vivir desconfiados,
Por no tener en tiempo tenebroso
Donde tomar brevisimo reposo.

Sin vigor el mancebo y el anciano
Y sin lugar enjuto do se sienten;
Los caballos tampoco comen grano,
Ni topan yerba con que se sustenten;
Juzgan á su mayor por inhumano,
Aunque sienten también lo quellos sienten,
Pero con padecer esta fatiga
Ninguno dellos hay que contradiga.

Pero vista su grande pertinacia
Que parecía de varón insano,
So color de facecias y de gracia
El comendador Sosa, lusitano,
En un gran lodazal por do se espacia,
Para lo convencer tomó la mano,
Y con aviso de varón prudente
Riéndose le dijo lo siguiente:

« Todos, señor, andamos de mal modo,
Y tengo para mí que cualquier bueno,
Adonde vos estais puesto de lodo
No dudará meterse por el cieno;
Mas si conviene tanteallo todo
Con seso libre, de pasión ajeno,
También sería de persona cuerda
Mirar cómo su vida no se pierda.

« El seso, la razón y la cordura,
Las intenciones buenas y cristianas,
Son menester en esta coyuntura,
Sin dar lugar á conyecturas vanas;
Pues tan acerbo mal y desventura
No pueden comportar fuerzas humanas,
Antes si lo mirais es imposible
Poder vivir con pena tan terrible.

« Al principio peon y caballero
Sufrialo, por ir bien preparado,
Con recias fuerzas y vigor entero,
De negros y caballos ayudado;
Agora ningún mal es sufridero,
Porque llueve, señor, sobre mojado,
Tanto que el mas bien puesto y el mas fuerte
Auda ya peleando con la muerte.

« A cuantos huelan la terrena bota
Con tanta muchedumbre de naciones,
Basta para matar la hambre sola,
Cuanto mas tantos colmos de aflicciones
Como veis padecer á la española
Que traéis, no con malas intenciones,
Porque bien se colige de lo hecho
Que deseais su bien y su provecho.

« A questo yo lo sé de cierta ciencia,
Y no lo duda persona ninguna,
Y que con regalada providencia
Curais el mal que mas nos importuna;
Pero ¿ qué presta tanta diligencia
Si nos desfavorece la fortuna,
Antes, según que vemos de hora en hora,
Donde bien esperamos se empeora?

« Por estos asperísimos conveses,
Con inmenso sudor y hambre luenga,
Habemos caminado ya diez meses
Sin que hallémos cosa que convenga;
Lástima con desgracias y reveses,
Sin darnos tierra que nos entretenga,
Y cuando se pensó hallar consuelo
Aun para resollar nos falta suelo.

« Faltan soldados muchos y muy buenos,
Como vuestra merced, señor, bien sabe;
Nosotros cada día somos menos,
Cosa no hay que no se menoscabe;
Querer continuar aquestos senos
Tan insufribles, en razón no cabe,
Sino los que tuvieren ya la vida
Con desesperación aborrecida.

« A cualquiera mortal inconveniente
Nunca dejamos de poner el pecho;
No se puede hacer humanamente
Mas de lo que nosotros hemos hecho;
El cielo por ventura no consiente,
Y el camino nos hace mas estrecho;
Antes pues que faltemos de por medio
Demos á nuestro mal algún remedio.

« Y será de remedios el mas cierto,
Segun el parecer desta compañía,
Que nos volvamos al marino puerto
Antes que nos consuma la montaña,
Pues dejamos camino bien abierto
Que del fruto que hay nos desengaña:
Vuestra merced, señor, lo considere,
Y disponga segun le pareciere.

Dijo su parecer como caudillo
A quien tomaron todos por escudo,
No sin alteraciones del Vadillo
Por ser de sufrimiento muy desnudo;
Paróse demudado y amarillo,
Mas reportóse todo cuanto pudo,
Y aquella primer cólera compuesta,
Estas razones dió por su respuesta:

« Un hombre de quien yo tanto confío,
Por su valor y buen entendimiento,
No debe dar favor á desvario
Con parecer que va sin fundamento;
No porque yo me case con el mio,
Y menos en lugar do voy á tienta,
Antes deseo que se me dé lumbre
Para salir de tanta pesadumbre.

« Mas si teneis aquesa por segura,
Como tractada ya con gente diestra,
Es como la tiniebla mas obscura
Que da de resplandor ninguna muestra;
Pues para la salud que se procura
No pudo ser consulta mas siniestra,
Y á la seguridad es tan alve
Que nuestra perdición será mas breve.

« Porque, señores, para la tornada
Por los lugares por do habeis venido
¿ Dejais la vitualla concertada?
Algun mantenimiento proveído?
Toda la viña queda vendimiada;
Ningun lugar que no quede barrido;
Recurso no lo hay ni yo lo siento
Que pueda proveernos de sustento.

« Y si los indios tienen algún resto,
Que nada puede ser en buen romance,
Bien se puede creer tenello puesto
Donde no le podamos dar alcance;
Esto que digo es tan manifiesto
Que hallareis no ser falso balance,
Antes si quereis ir por esa puerta
Ninguna cosa hallareis mas cierta.

« Pueblo no lo vereis adonde estaba,
Que los indios los mudan fácilmente,
Pues visteis que cualquiera los quemaba
Por apartar de sí cristiana gente;
Es allá la montaña muy mas brava,
Mayor y de peor inconveniente;
Tampoco hallaremos sementeras
Con miedo de las gentes extranjeras.

« Porque son indios sumamente brutos,
Carecientes de leyes que los domer,
Y han por bueno perder todos los frutos
Dellas porque cristianos nada tomen;
En la voracidad tan disolutos,
Quellos mismos se matan y se comen;
Y es de creer que ya libres de espanto
Harán de los que vuelvan otro tanto.

« Al principio tenían algún miedo,
Pero después cobraron mas aliento,
Usando de sus armas á pié quedo
Y desmandándose cada momento
Hasta sacar los ojos con el dedo,
Sin temor de venir en rompimiento;
Y serán tantos mas los atrevidos
Cuantos volvieran menos y perdidos.

« A toda ley colar mas adelante
Es lo mas sano destos dos estremos,
Con valor y con ánimo constante
De buenos, hasta tanto que topemos
Con gentes que de ver barbas se espante,
Que presto, Dios mediante, los veremos,
Pues la fragosidad desta carrera
No puedo yo creer ser duradera.

« Será pues mi respuesta concluyente,
Que vuelva quien la vuelta deseara:
Que yo juro por Dios omnipotente,
Que cuando ningún hombre me quedare
Ir mi viaje yo tan solamente
Adonde la ventura me guiare;
Esto como lo digo será cierto,
Y no volver atrás vivo ni muerto.

A questo dicho, no con poca saña,
A pié, sin que curase de rocino,
Comenzó de romper por la montaña
Con indio que adiestraba su camino;
Lo cual visto por los de su compañía,
Habláronle con término benino,
Diciéndole que vaya do quisiere,
Que todos moriran donde él muriere.

Con estos insufribles sinsabores
Pasaron adelante cuatro días,
Cuyas jornadas fueron muy peores
De lodos y prolijas serranías;
Gastábanse los tristes gastadores
En adobar las cenagosas vías,
Y hubo día, por ser paso malino,
De solo media legua de camino.

En este lago de calamidades
A voces se quejaban del Vadillo,
Y él pasaba por hartas necesidades
Dichas acaso por el mas sencillo;
Pasó pues adelante Juan de Frades
Con gentes, como provído caudillo,
Mandándole que vuelva, si por caso
Viese luz que denote campo raso.

Caminaron la vuelta del oriente
Dejando por los arbores señales,
Y fué colando por aquella frente
Dos jornadas, al cabo de las cuales
Vió claridad y vió campo patente
Con mucha población de naturales:
Alabaron á Dios desde que lo vieron,
Y á dar la buena nueva se volvieron.

Pero como quien va de los cabellos,
Por ir faltos de fuerzas y de brio,
Delicadas las zancas y los cuellos,
Desnudos, y el estómago vacío;
Y así se desmayaron los dos dellos
Al tiempo que pasaron cierto río;
Mas Juan de Frades prosiguió su via,
Dejándolos allí con compañía.

Yendo por aquel cieno trabajando
Sin alpagates y con harta pena,
Con el Vadillo dió que caminando
Venia de dolor el alma llena;
Danle las buenas nuevas en llegando,
Diciéndole que vieron tierra buena,
Y él á Dios muchas gracias y loores,
Por esperar salir destos rigores.

Y todos los demás con los contentos
Y esperanzas de ser campos abiertos,
Tornaron á cobrar nuevos alientos,
Porque ya los traían cuasi muertos;
Todos son en quitar impedimentos
Viendo cómo los toros eran ciertos,
Por llegar cada cual do se rehaga
Y salir presto de tan grave plaga.

Y así segundo día ya pasado
Después que fué la nueva percebida,
Salieron á lo raso y escombrado
Do vieron poblacion bien estendida:
Hallan el primer pueblo despoblado,
Aunque con abundancia de comida,
Y por el buen recurso que allí hubo
El campo veinte dias se detuvo.

Entre tanto Joan Ruiz de Molina,
Con la gente que estaba menos lesa,
Sus pasos á rancheos encamina,
Y captivó de gente buena presa,
Con dos mil pesos de moneda fina;
Ansimismo vió mas amplia dehesa,
Ameno valle todo cultivado,
Y poblacion por uno y otro lado.

La gente con deseo de ganancia,
Que ya mas reformada se sentia,
Al valle se pasó, cuya substancia
Era de señalada mejoría;
Allí se procuró con gran instancia
Saber como la tierra se decia,
Pero los siete indios caramantes
Huyéronseles una noche antes.

Y así, por lo demás que se pretende,
Segun necesidades ocurrian,
Aquesta falta mucho los ofende,
Pues aunque destos indios inquirian,
Ninguna de las lenguas los entiende
Ni supo declarar lo que decian,
Y con reiterar en la respuesta
Ninguna cosa dicen manifiesta.

Viendo ser nada cuanto se replica,
Por ser allí la diferencia tanta,
Ofrecióse Francisco de Mojica
Ir por algun gandul á Caramanta,
Por ser lengua que estotra verifica,
Y por las quellas traen se discanta,
Y así sin tomar tanta pesadumbre
Unas á otras se darian lumbre.

Este con caballeros y peones
A la lijera fué por la montaña;
Llegaron donde son sus intenciones,
Ven con obscuridad una cabaña,
De do trajeron muchos en prisiones,
No sin defensa de guerrera saña,
Pero como soldados de momento
Salieron con honor del rompimiento.

Llegados pues donde los esperaban,
El Vadillo holgó con su venida,
Y al fin supieron lo que deseaban,
Porque por lengua dellos entendida
Se supo ser Encerma donde estaban,
Que por sus minas es esclarecida;
Y Cuicui, de quien llevan demanda,
Quedaba mas atrás en otra banda.

Como tuviesen pues mantenimiento
Y noticia de minas tan pujante,
Un mes gastaron en aquel asiento,
Sin que quisiesen ir mas adelante;
La gente natural con descontento
De ver sus sementeras de menguante,
Venian á los collados fronteros
A los amenazar con grandes fieros.

Y como ningun día se dejase
De hacer esto, para castigallos,
El Vadillo mandó que se emboscase
Mojica con peones y caballos,
Y cuando la caterva comenzase
A los amenazar y deshonrallos,
Tomase las espaldas con la gente
Y rompiese por ellos de repente.

Tomó diez caballeros y cuarenta
Peones de la gente mas granada,
Y al tiempo que la noche representa
Estar humana gente reposada,
En parte se metió donde no sienta
El barbarismo vil el emboscada:
Quebrada montüosa muy cercana
De do suelen venir cada mañana.

Apolo ya sus rayos estendia,
Dorando las alturas de la cumbre,
Cuando la carnicera compañía
Llegó donde tenia de costumbre,
Y para sus efectos aquel día
Cargó mas arriscada muchedumbre
Con infinitos dardos y saetas
Y estruendo temeroso de cornetas.

La gente del real, que está de cara
De la bestial y bruta pestilencia,
Luego salió de los bubios para
Hacer ostentacion de su presencia,
Y ver ni mas ni menos en qué para
Después que se comienza la pendencia,
Adonde el emboscada ya camina
Con el arremetida repentina.

Los caballos con pechos y con faldas
E ya de muchos dias reformados,
Rompen la multitud por las espaldas
Por do nadie pensó ser asaltados:
Quedaron amarillos como gualdas,
Dejándose caer por todos lados
Con una turbacion triste y horrenda,
Sin se desenvolver en la contienda.

El hierro de la lanza se ensangrienta
Con presurosa voz de Santiago!
Peones con espada violenta
En indios hacen no menor estrago;
Creció la crueldad sanguinolenta,
Tanto que en suelo seco hacen lago:
Algunos desamparan los tumultos,
Y otros quedaron como vanos bultos.

Pero muy poca gente quedó viva
Con el ciego furor y turbulento,
Y desta mucha parte fué captiva
Que del lugar no hizo movimiento;
Al campo la victoria se deriva,
De que Vadillo tuvo gran contento,
Y así nunca después deste rebato
Hubo bravosidad ni desacato.

Mas viniendo después de la presura
Garcí-Lopez, finísimo soldado,
Entró por ciertas matas y espesura
A fin de descargar vientre cargado:
Infelice sazón y coyuntura
Y día suyo mal infortunado,
Pues allí de los bárbaros lucidos
Estaban ciertos dellos abscondidos.

Viéndole por la via deshonesta
Y en ocasion tan bien acomodada,
Saltan con gran furor de la floresta
Rodeando la caza deseada:
Viólos, y como la tenia presta
Puso mano veloz en el espada,
Pero los zaragüelles eran grillos
Para no menear bien los tobillos.

Hiérenlo todos ellos á menudo
Como tiran á cuerpo descubierto,
Por no llevar á cuestras el escudo
Y del día fatal estar incierto;
Al fin él mató dellos los que pudo
Y el triste miserable quedó muerto;
Los compañeros el rumor oyeron,
Y con lijeros pasos acudieron.

Entran los que se hallan mas espertos,
Mas aunque fué lijera su corrida,
Ya hallaron á cuatro indios muertos
Y al fuerte Garcí-Lopez sin la vida;
Del modo de su muerte fueron ciertos
Por la señal y muestra referida:
Al cuerpo se le dió terrena sima
Y le pusieron una cruz encima.

Y en esta parte, do se representa
Haber sido la muerte y el conflicto,
Empalaron después mas de cincuenta
Que estaban hartos libres del delito;
Y así toda la tierra se amedrenta
De modo que no dan guerrero grito,
Antes de paz un cierto señor vino
Y trajo dos mil pesos de oro fino.

Doce de su jaez trajo consigo,
Y al Vadillo habló desta manera:
«Has de saber que Riteron me digo,
Señor universal desta frontera;
Deseo que me tengas por amigo,
Y que el amistad sea verdadera;
Y para que ser tal la mia creas
Yo te quiero mostrar lo que deseas.»

«Si quieres que te cubra mejor pluma,
No gastes aquí mas horas baldias;
Vamos á la provincia de Guacuma,
Jornada solamente de dos dias;
De oro ballarás inmensa suma:
Tinajas, ollas, platos, almofrias;
Y porque tengo cierta confianza
Yo quiero ser la guía desta danza.»

Con tan próspera nueva como esta
Contentamiento recibió Vadillo:
Dióle de mil favores la respuesta
Diciendo que seria su arillo,
Y todos le hicieron grande fiesta
Por prometellos copia de amarillo;
Pues con tantas tinajas y vasijas
Podian bien casar hijos y hijas.

Mas nunca vieron tan felice año,
Aunque dieron en bien poblado seno,
Pues eran relaciones con engaño
A fin de los sacar de su terreno,
Adonde recibian mucho daño
Y estaba ya vacío de muy lleno;
Pero debajo de lo que decia
En su demanda fueron otros dia.

Hallaron por los otros reventones
El camino bien hecho nuevamente
Por estos indios, con las intenciones
Ya dichas en el verso precedente:
Entraron en crecidas poblaciones,
Mas no hallaron ánima viviente;
No ven señal ni muestra de ganancia,
Pero de lo demás gran abundancia.

Ya les habian dicho que barbuda
Gente también llegó por allí antes,
Y no creyeron la razon desnuda
De señales algunas importantes,
Hasta que ya salieron desta duda
Con vellas bien patentes y bastantes,
Que fué la calavera de un caballo
Y otras cosas que de presente callo.

Vadillo pues, sintiéndose corrido
Porque pensó medrar con las migajas,
Al indio dijo: «Dí, ¿por qué has mentido?
¿Adónde están las ollas y tinajas?»
Respondióle: «Los indios han huido,
Y llevaron consigo sus alhajas;
Buscad como debeis al enemigo,
Y hallareis ser cierto lo que digo.»

Buscaron, mas no ven señal preciosa
A los humanos ojos agradable,
Escudriñando gente cudiciosa,
Que en esto suele ser infatigable;
Mas vieron á las puertas una cosa
Odiosa, bestial y detestable,
En guadubas hendidas que tenían
Manos y piés de hombres que comian.

Estas guadubas son muy gruesas cañas,
Huecas y altas sobre seis estados,
De que rodeau muchos sus cabañas
Componiendo fortisimos cercados,
Que de duro rigor no son estrañas,
Pues han menester hierros afilados:
Córtaulas ellos con agudas guijas,
Y en muchas partes sirven de vasijas.

Tal planta es que nunca lleva fruto
Ni de viecosa hoja se cobija,
Sino ramo de puntas mal instruto,
Y bien puede lo hueco ser vasija,
Pues de los gruesos el mayor cañuto
Tiene capacidad de una botija,
Y ha menester tener el brazo bueno
El que de agua lo llevaré lleno.

Son harto mas seguros que de barro,
Y para cualquier uso mas lijeros;
Suele ser su cañuto muy buen tarro
Donde reses ordeñan los vaqueros;
No se les pega de la leche sarro,
Y aunque queden al sol, duran enteros;
Sirve también aquesta cañavera
Para pajizas casas de madera.

Y aun muchas veces yendo los soldados
Fatigados de sed por tierra seca,
Aquellos que son diestros y avisados,
Como conocen ser la planta hueca
Y haber dentro liciores represados,
Con el espada por la baja rueca
La cortan, y en el hueco hallan tanta
Agua que satisface su garganta.

Tienen pues estos indios inhumanos
Cada cual una guaduba hendida
A su puerta, y en ella piés y manos
De los que las perdieron con la vida;
Pues con voracidad de los hircanos
Tigres, tienen los hombres por comida,
Y es el de mas valor y mejor maña
Quien tiene mas piés puestos en su caña.

En muchas cañas del primer cercado
A manera de fistulas habia
En diferentes partes un horado
Que herido del viento que corria
Como si fuera canto concertado
Formaban consonancia y armonía,
Y de voces concordés y sonoras
Oian música todas las horas.

Ocho noches durmieron en el fuerte,
Y allí de enfermedad que ya traia
Luis de Tapia vió su fin y muerte;
También Diego de Heredia fatal dia,
Hombre muy principal y de gran suerte
Y no menos cabal en valentía;
Ansimismo Cristóbal de Villoria,
Cuya virtud á todos fué notoria.

Sintióse mucho su fatal desvío,
Y el licenciado tuvo harta pena;
Juan de Villoria mas, por ser su tío
Del muerto, que sacó de Cartagena
Proveyéndole todo buen avío
Segun que lo pedia la cadena;
Daña pues á los nuestros sepultura,
Siguiéron adelante su ventura.

En Otumani no hicieron cama
Por ver el valle mal acomodado;
Pasan á la provincia de Guarama
Y todo lo hallaron abrasado;
Allí tuvieron mas entera fama
De españoles que van por otro lado,
De los cuales Nacor fué destruida,
Con ser provincia larga y estendida.

Pasan á Dabito ya mas avante
De Nacor y sus altas serranías,
Y por ser valle lleno y abundante
En él pararon mas de treinta dias,
Hasta tanto que para lo restante
Se reformaron bien las compañías;
Luego por altas sierras van á tino
Sin que pudiesen descubrir camino.

No pongo cerca desto por memoria
Otros muchos trabajos y aficiones;
Mas ya viendo su muerte ser notoria
Si no hallaban nuevas provisiones,
Adelante pasó Juan de Villoria
Con algunos caballos y peones,
Prometiéndole tomar aquel cuidado
Y no volver al campo sin recado.

Por haber sido antes Juan de Frades
En inquirir caminos importuno,
Mas no pudo por las fragosidades
Ver en aquellos términos alguno;
Y así para suplir necesidades
El remedio que trajo fué ninguno;
No vió senda, labranza ni bublo,
Mas dió segunda vez en el gran rio.

Tentaron ir á la contraria banda
Ciertos soldados, buenos nadadores,
Para tomar á quien por allí anda
Y descubrir conucos y labores;
Ahogóse Simon en la demanda
Por el agua llevar grandes furios;
Volvióse Juan de Frades menos este
Y sin descubrir cosa que les preste.

Juan de Villoria fué por otras vias,
Espesuras de gran desabrimiento;
Anduvieron perdidos siete dias
Llenos de confusion y descontento:
Desesperadas estas compañías
Hacen al capitán requerimiento
Que salga de montañas y de lodos
Y no permita que perezcan todos.

Mas él los animó con su respuesta
Hasta salir á mas raso terreno
Y de mejor y mas clara floresta;
Y así, pasados dias, al noveno
Dieron en la provincia Proponesta,
Graciosa vista y espacioso seno,
Do vieron tantos campos cultivados
Que quedaron confusos y admirados.

Como la poblacion se descubriese
En valle de comida proveido,
Para que buena nueva se le diese
Al campo que quedaba detenido,
A Mojica con tres mandó que fuese
Con paso presuroso y estendido;
El cual con los demas al campo vino
En menos de tres dias de camino.

Fueron del licenciado recibidos
Con voz de cumplimientos honorosos,
Y consoláronse los afligidos
Deste remedio no poco dudosos;
Los toldos fueron luego removidos
Caminando con pasos presurosos,
Y como se llevaban buenas guías
Tardaron en llegar solos seis dias.

Llana se les hacia cualquier sierra
Por llegar á los otros compañeros;
Y entre tanto la gente de la tierra,
Como por ella viesan extranjeros,
Determinaron de les hacer guerra
Como belicosísimos guerreros,
Y teniendo por cierta la victoria
Dieron en el asiento de Villoria.

El acometimiento fué terrible,
El número de bárbaros sin cuenta,
El son de las cornetas insufrible,
La furia de temor libre y exenta:
Juzgara la razon ser imposible
El poder escapar de la tormenta;
Mas á los de valor y á los inertes
Necesidad los hizo ser mas fuertes.

Cúbrense de penachos aquel valle,
De lanzas y de dardos gran boscage;
Como Juan de Villoria pues se halle
Con caballeros diez y peonaje,
Rompe con gran furor haciendo calle
Por medio del ejército salvaje;
Siguiéron los peones tras su huella
Haciendo todos no pequeña mella.

Como cuando novillos mal domados
Van arrastrando golpe de madera,
Que huyendo de quien eran guiados
Entraron en alguna sementera,
Y estando ya los trigos sazonados
Dejan por ellos ancha la carrera,
Hollando y abatiendo las espigas
Con las hendidas patas y las vigas:

Destá misma manera van rompiendo,
Sin que ninguno muestre mano floja,
Soberbia de plumajes abatiendo
Donde la verde yerba queda roja;
Crece rigor, temor, furia y estruendo,
Aquí y allí mortífera congaja;
Este queda sin piés, aquel contrecho,
Otro lanzando sangre por el pecho.

Al tiempo que la guerra comenzaban,
Llegaban á las barbas y cabellos;
Mas como tantos dellos derrribaban
Muchos abaten los soberbios cuellos,
Y por ninguna via comportaban
El ver á los cuadrúpedos entrellos,
Porque por la presteza y el gobierno
Juzgaban ser demonios del infierno.

Y así viendo su hueste tan rompida
Y por diversas partes derramada,
Toda la multitud hizo huida
Dejando nuestra gente fatigada,
Ninguno con tan áspera herida
Que brevemente no fuese curada;
Buscaban el lugar mas á provecho
Donde la fortaleza fué su pecho.

Y fué bien menester lanza y aljaba
Con fuerzas y favores del muy Alto,
Por ser esta nacion feroz y brava
Y barbarismo de temores falto,
Y tal que ningun dia se pasaba
Sin que les diesen un cruel asalto,
Hasta tanto que ya vieron el dia
Que trajo la restante compañía.

La cual como sus fuerzas rehiciese
Para vengar las injurias atrasadas,
Sin que la bárbara nacion viniese
Los iban á buscar á sus posadas,
Y por ser principal el interese
De tamajiras de oro bien labradas,
Por aquellos lugares y conveses
El campo reposó mas de dos meses.

Tuvieron siempre pasadía buena,
Por ser provincia rica y abundosa,
Y allí se desasó de la cadena
De vida corporal y trabajosa
Un noble regidor de Cartagena
Que se decia Juan de Peñalosa,
Y otro Diego Cortés en esta via
Ansimismo le tuvo compañía.

Viéndose pues la gente con talante,
Cabales fuerzas, voluntad y brio,
A fin de proceder mas adelante
Del valle principal hacen desvío:
La tierra por do van es abundante
Y dan tercera vez en el gran río,
De muchas sementeras y de villas
Crecida poblacion en las orillas.

E yendo caminando cierto dia
Cerca del agua que los embaraza,
Toparon una grande ranchería
Que contenia no pequeña plaza,
Hecha por españoles, donde habia
Suelos sin dueño dos perros de caza,
Los cuales á las gentes españolas
Se llegaron triscando con las colas.

Vadillo se quisiera hacer cierto
De qué gobernacion la gente fuese,
Y como buen camino venia abierto
Sin que trabajo ya se recibiese,
Mandó con gente capitán esperto
A que los alcanzase si pudiese;
Hallaron los que van en la demanda
Haber pasado de la otra banda.

Eso mismo hicieron los soldados
Con determinaciones de alcanzallos,
Y de las otras partes de los vados
Hallaron anchos rastros de caballos
Y mas de siete mil indios armados,
Que de cierto señor eran vasallos;
Mas como viesan hueste tan pujante
Con temor no pasaron adelante.

Contaron lo que vieron en llegando
Y cómo los retrajo cuerdo miedo,
Mas lo que no supieron caminando
Después se lo dijeron á pié quedado;
Y fué seguir los indios deste bando
Las partes de Jorge de Robledo,
Prestándole favor para la guerra,
Contra los moradores desta tierra.

Examinando pues dudosos trances,
De que nacian varias opiniones,
Diferentes juicios y balances
Sin atinar á las resoluciones,
Siguió Juan de Villoria los alcances
Con algunos soldados y peones,
Hasta llegar á bárbara cabaña
Que de ver españoles no se estraña.

Antes sin le mostrar pecho contrario
La gente que en el tambor residia
Les proveyeron de lo necesario
Con apacibilidad y cortesía;
Mas el hablar, por ser acento vario,
Por señas solamente se entendia;
Y allí hallaron puercos y gallinas
En aquellas regiones peregrinas.

Proceden adelante ya por via
Para la proseguir asaz patente,
Hasta llegar á Lile, que es hoy dia
Cali, y así se llama de presente,
Quel capitán Miguel Muñoz habia
Poblado por Pizarro nuevemente;
Y Sebastian de Benalcázar era
El general de toda la bandera.

Antes de ser á la ciudad venidos
Los vido quien velaba los altores;
Salen algunos bien apercebidos,
Y conociendo ser conquistadores,
Fueron con gran aplauso recibidos
De todos estos nuevos pobladores,
Dándoles hospedaje conveñible
Con el regalo que les fué posible.

Y sabiendo ser breve la jornada
De donde se quedó Juan de Vadillo
Esperando razon determinada
De quién fuese la gente y el caudillo,
La gente deste pueblo mas granada
Acordó de salir á recibillo,
Con ellos por personas de mas fondo
Pedro de Ayala y Antonio Redondo.

Los cuales le llevaron el recado,
Y ambos, en cumplimiento del oficio,
Suplicaron al dicho licenciado
Les hiciese tan grande beneficio
De ver aquel lugar recién poblado
Y recibir en él algun servicio:
Vadillo tuvo cumplimientos bellos,
Y por los contentar se fué con ellos.

Mas por las casas ser en esta era
Pocas, donde vivian encogidos,
Los soldados se ranchearon fuera,
Do fueron largamente proveidos,
Por ser los del lugar en gran manera
Nobles y cortesanos comedidos:
Allí fué pues el dicho licenciado
Ocho dias ó diez muy regalado.

El tiempo que decimos ya pasado,
El comendador Sosa, su teniente,
Segun que pareció por su mandado
Al campo convocó toda la gente;
Y después que los hubo congregado,
El Vadillo les dijo lo siguiente:
«Amigos y señores, sed servidos
De me prestar atentos los oídos.

» Bien escrito terneis en la memoria
Con cuál intento fué nuestra venida,
Con trabajos y pérdida notoria,
Unos de su caudal y otros de vida,
El provecho ninguno, poca gloria
De tanta desventura padecida,
Y sobre tantos males, no pequeño
Aportar á region que tiene dueño.

» Pizarro tiene desto la conquista
Con posibilidad engrandecida;
Benalcázar la tierra tiene vista
Y hasta la de Encerma recorrida,
De todos los caciques hecha lista
Y toda la provincia repartida,
De manera que ya no tiene cebo
Aquel que por aquí viene de nuevo.

» Adelante, según habeis oido
De los que de Piru por horas vienen,
Está todo de paz y repartido,
Y cuantos indios hay señores tienen
Lo cual examinado, soy movido
A tractaros negocios que convienen
Para que como gente generosa
No repareis con tan menuda cosa.

» No sin razon aquesto represento
Por obviar á voluntad mudada,
Porque yo poco mas ó menos siento
De muchos que la tienen depravada,
Y están, desque vinieron con intento
De rematar aquí nuestra jornada,
Contentos con maíz y con tocino
Que les dan á la mesa del vecino.

» De lo cual le resulta gran afrenta
A cualquiera varon de casta buena,
Pues como mendicante se sustenta
De los relieves de la mesa ajena;
Y es loco si con esto se contenta
Quien podría tener la suya llena,
Sin contemplar á huéspedes la cara
Si la tienen sin luz ó muestran clara.

» Que muchos lo dan hoy de buena gana,
Teniendo la comida bien guisada,
Y por ventura no lo dan mañana,
Faltando con qué pueda ser comprada,
Y aun por molestia ser cotidiana
Quiéren que desembarguen la posada:
Pues bien sabeis que huésped de por vida
Es pesadumbre muy aborrecida.

» En parte ver agora no quisiera
Soldados que por míos no se cuentan;
Mas huélgome de ver en gran manera
Donde estos moradores se aposentan,
Para que vean los de mi bandera
Con cuán poquita cosa se contentan,
Y que si lo mirais, dejais, señores,
Atrás tierras mas ricas y mejores.

» Bellos y fertilísimos asientos
Que no se harta vista de mirallos,
Donde podeis tener repartimientos
Con número crecido de vasallos,
Noticias de soberbios nacimientos
De oro que podeis luego labrallos,
Demás de valles y de poblaciones
Que deben de tener otros rincones.

» Porque no todo puede ser visible
En tierra tan doblada y estendida,
Mayormente con tiempo tan terrible
Y cuasi sin parar nuestra corrida;
Ansi que tengo yo por imposible
No quedarnos callada y abscondida
Grande prosperidad á cualquier mano,
Que podremos hallar este verano.

» Por tanto yo, señores, os suplico
Que ninguno rehuse la carrera,
Porque mediante Dios ha de ser rico
Aquel que no dejare mi bandera,
Y de mi tractamiento certifico
Como será con amistad sincera,
Pues aunque tengo repentina ira
También sabeis que luego se me tira.

» De los bienes que tengo no soy duro,
Y bien conocen todos los presentes
Con cuánta caridad y amor procuro
La vida y la salud de los dolientes,
Y que con claridad ni con obscuro
Nunca fui de los menos diligentes;
Antes en cualquier riesgo manifiesto
Con todos los demás me hallé presto.

» Cualquiera bueno pues que me siguiera
Y con mi voluntad se conformare,
Sepa que moriré donde él muriere
Y él gozará de lo que yo gozare;
Y el que contrario parecer tuviere,
También me holgaré que se declare
Para que percibida su respuesta
Haga la diligencia que me resta.»

Dijo Vadillo lo que pretendía,
Segun manifestó con pecho sano,
Y visto que ninguno respondía
De soldado novel ni veterano,
Francisco de Mojica fué la guía
Que para responder tomó la mano,
Declarando comunes intenciones
En esta breve copia de razones:

« Señor gobernador, bien entendida
Tenemos todos la voluntad vuestra,
Porque de la merced hoy prometida
En el viaje distes clara muestra,
Y en serviros, sin falta conocida,
También sabéis cuán buena fué la nuestra,
Y aun con venir tan llenos de fatiga
No faltará quien vuestros pasos siga.

» Pero de muchos otros imagino,
Y de todos será la mayor parte,
Que no querrán volver por tal camino
Ni habrá quien del contrario los aparte;
Pues á muchos hablé cuando convino,
Y sus respuestas fueron de mal arte,
Diciéndome que desto nadie gusta
Y con escusa que parece justa.

» Porque dicen que vienen del viaje
De todas cosas mal apercebidos,
Sin salud, sin servicio, sin ropaje,
Llagados, estragados y perdidos,
Pocos caballos y ningún herraje,
Y sin poder aquí ser proveidos;
Pues los desta ciudad bajos y altos
También de muchas cosas están faltos.

» Y si de los vecinos hay presea,
Que por se la pedir á precio sale,
Ninguno dellos hay de quien no crea
Que para la vender no se regale,
Y el precio que pidieren que no sea
Seiscientos veces mas de lo que vale,
Y ninguno de nos tiene quilates
Para comprar dos pares de alpargates.

» Volver pues pocos, mal encabalgados,
Y sin llevar de cosa cumplimiento,
Sería propio de desesperados
Y faltos de cabal entendimiento;
En conclusion: yo sé que los soldados
No se pornán en este detrimento,
Y así vuestra merced no los espere,
Sino haga lo que le conviniere.

» Lo que resta, señor, es que veamos,
Pues es cosa que á todos nos conviene,
Ese poco caudal que rancheamos
Y que vuestra merced en guarda tiene,
Para que lo pesemos y partamos
Y sepa cada cual lo que le viene:
Que bien es menester en los estrechos
De la necesidad en que nos vemos.»

Dijo, y el licenciado bien consiente
En se hacer del oro partimiento,
Pero de remontarse la gente
Sintió mas que mortal desabrimiento;
Y así tentó por vía diferente
Haciéndoles un gran requerimiento,
Y entonces si pudiera tirar puyas
Es cierto que hiciera de las suyas.

Desbravó con palabras por un rato
Viendo que diligencia no le presta;
Mas recelándose de desacato
Mudó su condicion en mas modesta,
Porque hubo murmurios de mal trato
De gente no del todo bien compuesta:
Al fin la partición que se pedía
Quedó de se hacer siguiente día.

De la manera que decimos queda,
Y fué su voluntad determinada
Para que con razon y cuenta pueda
Ser á gusto de todos liquidada;
Pero por un Ledesma la moneda
Aquella misma noche fué hurtada,
Que, como su privado, habló largo
Con el Vadillo cerca de su cargo.

Y entre tanto que cosas encarama,
A las lisonjas dando suelta rienda,
Como estaba debajo de su cama
Del Vadillo y al lado de la tienda,
Un negro del Ledesma, segun fama,
Hurtó por su mandado la hacienda,
Y cuando sintió ser el salto hecho
La práctica dejó por el provecho.

Despidióse con grande reverencia,
Segun el uso de amistad estrecha:
Imputan al Vadillo la dolencia
Desque remaneció la maldad hecha;
El cual perdió del todo la paciencia
Viéndose macular desta sospecha,
Y con briosos y feroces modos
Soltó largo la lengua contra todos.

Fué la vuelta de Quito pues Vadillo
Con Villoria y algunos caballeros
Que de su voluntad quieren seguillo
Sin que lleven recurso de dineros,
Por los coger Ledesma su carillo
A ellos y á los otros compañeros,
Y el licenciado iba con consejo
De ir á Panamá por Puerto-Viejo.

Constó de la maldad ser inocente,
Porque desque de Lile fué partido
El que decimos ser el delincuente
Mejóro las albas y el vestido,
Y por velle gastar tan largamente
De los demás soldados fué tenido
En aqueste delito por culpado,
Por donde lo pusieron á recado.

Tomó del crimen el conocimiento
Un alcalde que fué George Robledo;
Al amo y al criado dió tormento
Con los rigores de juez acedo:
Negaron ambos con viril aliento,
Mas al cabo Ledesma con el miedo
El oro dió, de mas mal sospechoso,
En confesion á cierto religioso.

El cual, mediante señas evidentes,
Del oculto lugar lo desentierra,
Y repartióse por los pretendientes,
Segun que trabajaron en la guerra;
Disimulóse con los delincuentes,
Y al crimen y maldad echaron tierra,
Pues mas gritaban al juez severo
Por las botas que por el escudero.

Después del oro todo repartido
Sin haber el Vadillo parte dello,
Con gente que seguía su partido
Llegó Luis Bernal para prendello;
Y como le dijese ya ser ido,
Nunca curó de mas seguir su huello,
Por ir cansado ya, de cuya causa
Allí con los que trajo hizo pausa.

Juan de Vadillo prosiguió su vía
A Panamá, segun se da noticia;
Y el licenciado Santa Cruz tenía
Allí malsin con carta de justicia;
Y aunque la gente que lo conocía
Con amistad lo tracta y acaricia,
Llevaronlo con guardas y cadena
A la gobernacion de Cartagena.

En la cual le tomaron residencia
Y anduvo bien trabada la rencilla;
Al fin él apeló de la sentencia
Y preso lo llevaron á Castilla,
Adonde pareció por su presencia
Ante jueces de suprema silla,
Y en la grito de cargos y descargos
Se consumieron cuatro lustros largos.

Y Juan Rodriguez Gil, que fué por ésta
Sazon allá, le dijo: « ¿ Por qué tiene
La sentencia tardanza tan molesta,
Y no pide con priesa que se ordene? »
Dióle Juan de Vadillo por respuesta:
« Por ser cosa que menos me conviene,
Antes la dilacion yo la procuro
Porque con ella vivo mas seguro. »

Después, teniendo flaca la costilla
Y posibilidad menoscabada,
Murió, segun me dicen, en Sevilla,
Sin ser su causa toda sentenciada.
He dado cuenta sin faltar hebilla
De lo mas substancial de su jornada;
Y así quiero primero que mas diga,
Algun alivio dar á mi fatiga.

CANTO OCTAVO.

Donde se da cuenta cómo volvió don Pedro de Heredia con título de adelantado, y cosas sucedidas después de su venida, y antes que llegase á Cartagena.

En los incultos versos desta historia,
Que nunca de verdad tienen inedia,
Hemos dejado puesto por memoria
De la suerte que fué Pedro de Heredia
A Castilla, por la pasion notoria
De quien ya recitamos su tragedia;
Y resta por que todo se concluya
Que tractemos agora de la suya.

A Castilla llegó con sus recados,
Y como fuese negociante viejo,
Después de los jueces informados,
Presentó los procesos en consejo,
Y vistos los agravios y notados
En su favor halló buen aparejo;
Y ante la majestad del rey invitó
También dió relaciones por escrito.

El cual, de sus servicios enterado
Y de su calidad estando cierto,
Lo nombró luego por adelantado
De lo que por él fuese descubierto;
El oro le volvieron secuestrado,
Porque constó hacerse gran tuerto:
Y así por su bondad, gracia y aviso,
Sus causas concluyó segun que quiso.

Mas antes, como queda repetido,
Contra quien lo quitó de su reposo
Pidió juez, y fuele proveído
A Santa Cruz, un hombre virtuoso,
El cual en Cartagena recibido
No procedió por orden riguroso,
Pues en el tiempo que duró con mando
Menos pecó de duro que de blando.

Corrian ya, segun cristiana cuenta,
Cuando por tal juez Santa Cruz vino,
Sobre mil y quinientos y cuarenta
Otros dos años del natal divino,
Y entonces por obispo se presenta
Fray Hieronimo de Loaysa, dino
De gobernar mas estendidas greyes,
Y así murió arzobispo de los Reyes.

Tenia Panamá real audiencia
A la sazón que Santa Cruz gobierna,
Y viniendo de la real presencia
Por un oidor Lorenzo de la Serna,
Tomóle de camino residencia,
Que fué de licenciados la mas tierna;
Y por irse los dos aquel invierno
A los cabildos dieron el gobierno.

En esta coyuntura señalada
Y antes de dar Vadillo la estampida,
La villa de Mopox era poblada
Y entre nobles su tierra repartida:
Por Alonso de Heredia fué fundada,
Y los vecinos, gente bien nacida,
Todos ellos soldados escogidos
Y en las entradas largas bien curtidos.

Martin Rodriguez un doctor fué destes,
Ayllon y Andrés zapata, principales,
Los dos Sedeños, hombres bien comptestos,
Y un padre y hijo dichos Sandovalés,
Retes y Rentería siempre prestos
A dar de su valor buenas señales;
Fué Juan Gomez Cerezo de los buenos
Y Alonso de Caravajal no menos.

Un Juan Martin de Urista, Villafranca,
Cogollos, Cano y otra gente buena,
En la guerra ninguno mano manca

Y para peregrinos siempre llena:
Está la villa sobre la barranca
Del rio grande de la Magdalena,
Tanto que cuando va menos quieto
Pone los moradores en aprieto.

Lugar es donde viven á gran vicio
De muchas cosas, fructas y pescado,
Mas de mosquitos no poco bullicio
Siempre que sopla viento sosegado:
Los caimanes les comen el servicio
Cuando llega por agua descuidado;
Hay manaties, pesca de deleite,
Cuya grosura tienen por aceite.

Es este rio dellos abundoso
Sin le faltar invierno ni verano:
Es pece grande y en sabor gustoso,
Para los achacosos no bien sano:
En guisados y en tiempo tenebroso
Esta manteca tienen á la mano,
Segun ala la cola, y á manera
La boca que parece de ternera.

Tantos tasajos da como un ternero
Y alguno como mas crecidas reses;
Indios algunos usan de su cuero
Haciendo del adargas y paveses
Que no puede pasar indio flechero,
Y hacen poca miella los reveses:
Son torpes en remanso y en corriente,
Y así los pescan indios facilmente.

También aqueste pueblo se regala,
Con los refrescos que de España tienen,
Por ser este lugar puerto y escala
De tractantes que al nuevo reino vienen:
Y allí hacen el precio y el ignala
Para que sus viajes les ordenen
En canoas, con bárbaros remeros
Que les granjean copia de dineros.

Cincuenta leguas ponen por el rio,
Desde la mar á la ciudad novel,
Y bien puede venir alto navio
Si hinche viento próspero la vela,
Segun un singular amigo mio
Lo hizo con su propia carabela,
En Indias de los viejos peregrinos
Y gran indagador de sus caminos.

Es su nombre Juan Nieto, y es tan neto
En letras y en virtud, y tan bastante
En los etéreos cursos y el efeto
Dellos, que si no fuera tan distante
Dijéramos algunos que Juan Nieto
No podía no ser nieto de Atlante
O de Conon, Meson, Anaximenes
O ya de Endimion ó Sosigenes.

Goza méritamente desta gloria
Por esta gracia ya conmemorada,
Y no menos son dignos de memoria
En Indias los efectos de su espada,
En allanar provincias de Victoria
En este nuevo reino de Granada,
Como mediante Dios dirá mi marte
Cuando vengamos á la cuarta parte.

Y porque me parece que conviene
Poner aquí la muestra deste rio,
Con pueblos de españoles que mantiene
Con sus tributos bárbaro gentío,
El dicho, por el gran curso que tiene,
Aquí lo dibujó por ruego mio,
Con rumbos y derrotras y tal traza,
Que con verdad podrá salir á plaza (1).

Volviendo pues al punto, ya se trata
Regirse por cabildos el rebaño,
Y el doctor dicho y el Andrés Zapata
En Mopox gobernaban aquel año;
Los cuales por tener la gente grata
Y porque el ocio no causase daño,
Determinaron de correr la sierra
E ir calando mas aquella tierra.

(1) El diseño ó plano á que se hace referencia, no existe hoy día en la biblioteca de la Academia de la Historia, de donde hemos sacado la copia de la segunda y tercera parte. (N. de los E.)